

ROSA VENTRELLA

BENDITO SEA EL PADRE

Traducción de Mónica Herrero



*A mi marido, a quien, hace muchos años,
le he jurado amor...*

11 de diciembre de 2002

Acepté volver a ver a Marco en nuestro restaurante preferido en Testaccio.

“Tengo que hablarte”, me dijo y no pude decirle que no.

Atravieso el centro a paso lento, zigzagueando entre los músicos ambulantes, los mercados navideños, tratando de revolver entre los pensamientos, de ubicar los momentos de mi vida en los que he sido verdaderamente feliz. En un callejón, los acordes de un piano inundan el aire con notas tristes que recorren mis entrañas y, luego, vuelven a salir. Me detengo a observar la fachada del restaurante. El techo refleja la luz y encandila como si fuera de oro; sobre las paredes blanqueadas a la cal, la puerta azul y las ventanas redondas parecen una boca y dos ojos pequeños. Espero para entrar porque siento en el estómago un nudo duro y seco, un dolor vago, antiguo y nuevo. “Rosa, se acabó —me digo mirándome detenidamente en la ventana—. No eres tu madre. Supiste decir basta”.

No soy más Rosa, tampoco Rosè. Ahora soy Rose. Entonces, todo cambia. Marilyn me llamaba Rose. Un día, hacía mucho tiempo, me había dicho que era un nombre refinado, que le recordaba ciertos salones elegantes.

Cuando lo vuelvo a ver, esperándome en una mesa apartada, me parece reconocer lo que alguna vez me condujo ha-

cia él. Reencuentro en su cuerpo los troncos nudosos de los olivos de nuestra tierra, esa madera dura que hunde las raíces en la arcilla pedregosa. Se ha vestido bien para reunirse conmigo. Ha peinado los cabellos hacia atrás para liberar la frente espaciosa y tiene un perfume bueno, distinto del de costumbre. También me arreglé con cuidado, poniéndome un viejo vestido floreado que ya me va ajustado, alisándome el cabello y calzando un par de zapatos nuevos. En realidad, sin motivo verdadero. Quizá, aunque los amores terminen, merecen el mejor vestido. Lo miro y siento el vértigo del salto al vacío, como cuando en la niñez sueñas que caes a un precipicio sin fin y buscas en vano aferrarte a un punto de apoyo. Un amor no se arregla como un juguete roto.

Es triste el final de una historia, ese hilo sutil que se deshace...

Para hablar de ella, de Giulia, es para lo que nos hemos reunido. ¿Cómo se organiza un hijo luego de una separación? El fin de semana con el papá, las vacaciones de verano, las fiestas de Navidad. ¿Todas las raíces muertas que los rodearon también a ellos, a los hijos, dejan marcas? Las raíces con que mi padre nos envolvió se hicieron coriáceas, invadieron todo, dieron vida a otros árboles ya estériles, áridos y rotos. Pues bien, así me siento ahora. Un árbol estéril, solitario. ¿Qué decías, papá? ¿Que nos parecíamos? Los mismos ojos, los mismos pómulos salidos de la carne y alma de pez, negra, negra como un pozo profundo. Solo se lo confesé a ella, a Marilyn, “Mi padre le levanta la mano a mi madre”, como si en el fondo toda mi vida estuviera condensada en ese momento primigenio. Si intento cerrar los ojos, me parece estar todavía allí, atrapada en el estrecho agujero de mi infancia. Y escucho voces, el parloteo de las

comadres, los perjuros, las maldiciones, las plegarias apagadas. Quizá esas voces forman parte de mi pasado, de mi presente y de mi futuro.

Por unos instantes hablamos de Giulia, Marco y yo.

—Me parece que lo tomó bien —digo.

—Sí, siempre fue muy madura —dice.

Problema resuelto. ¿Las raíces que la envuelven de pronto han caído? ¿La han liberado? ¿Murieron con nuestra historia? Es el fin de todo. Nos hemos salvado.

Luego está el silencio, que confirma el hecho de que solo ella, nuestra hija, queda para relacionarnos. Todo lo demás está olvidado, diluido, podrido. Contemplo el líquido de color ámbar en la copa. Lo pidió él, un vino generoso, dulce y muy alcohólico. Hay un brillo en el centro, como si adentro resplandeciera una llama. Marco se da vuelta incómodo para observar las otras parejas sentadas en las mesas cercanas, pero yo permanezco contemplando ese brillo, inmóvil, absorta, hipnotizada por la luz. En este lugar brindamos en nuestra primera salida juntos después del casamiento, brindamos en nuestro décimo aniversario y ahora al final. De repente, siento la mente y el cuerpo agotados. No puedo decir qué me debilitó en particular, han sido tantas cosas, algunas pequeñas, otras grandes, recuerdos, más o menos fragmentarios y, ahora, la suma de todo, pesa sobre mis nervios expuestos.

—Tengo que irme.

—Pero, ¿cómo? ¿Ya? ¿No tomas nada más? Aquí los dulces son buenísimos.

Sé que son buenísimos; es también mi restaurante favorito. Era nuestro lugar del corazón, ¿lo has olvidado? Pero ahora no sirve de nada recordar.

Sin recuerdos, sin dolor.

La otra noche, Giulia tiró una fotografía. El espectro de la otra yo, la que he decidido sepultar, la que se quedó niña, todavía con los cabellos con un corte al estilo príncipe valiente y las rodillas puntiagudas, me hizo volar hacia ese momento. Allí estaba, el retrato de nuestro día especial. Estás hermosa, Rosa. Hermosa y joven. Estás del brazo de Marco y ríes, porque el destino te parece un regalo y no pesa. A tu lado, tu madre y tu padre, y ríen también. Son todos ligeros como plumas. Tienes un vestido de casamiento bellísimo como una nube blanca igual que la nieve. Tu padre tiene su mejor traje y se ha peinado el cabello con una larga raya a la derecha.

Ahora me siento casi vieja y ese retrato pertenece al pasado. Toco en mi frente las primeras arrugas y veo la piel del rostro lustrosa y violácea, como el manchón de un maquillaje fallido. Vuelvo a pensar en esa foto mientras me preparo para dormir. Del encuentro con Marco no me ha quedado nada. Contemplo inmóvil la pared frente a la cama, los muebles y los cuadros proyectan sobre mí cortes y sombras.

Es casi medianoche cuando suena el teléfono. Me preocupa escuchar la voz de mi hermano Salvo. No hablo con él desde hace dos años, de la última vez que Marco y yo fuimos a Bari. Desde entonces, nunca un llamado.

—Hola.

Él se demora, tose, luego la voz se torna áspera, quebrada por el llanto.

—¿Qué pasó? —me tiemblan las manos y me cuesta respirar.

—Mamá —tartamudea.

—Mamá —repito en voz baja. Una pregunta, una invocación, una plegaria.

—Dicen que tuvo un ictus.

Cuelga poco después. No consigue continuar. Tampoco lo consigo y permanezco con el teléfono suspendido en el aire

por algunos minutos, antes de llevar la mano a la boca para no gritar. Antes que nada, sin embargo, los aspectos prácticos. Advertir a Giulia y hablar con Marco. Tengo que partir enseguida. Me conecto con el sitio de Trenitalia y todavía me tiembla la mano. Consulto cuál es el primer tren que me sirve para llegar a Bari lo antes posible. Una y cuarenta. Quizá puedo conseguirlo, pero debo llamar ya a Marco para que pase a llevarse a Giulia. Me arreglo el cabello una infinidad de veces antes de discar su número y no me preocupo ni siquiera por el tono con el que me responde. Frío. Distante. Desarmado. No lo sé. No tengo ganas de pensarlo en este momento. Tengo otra cosa en la cabeza. Debo ir con mi madre.

“Debería haberlo hecho antes”, me recrimino, mientras saco del armario un poco de ropa y un par de libros. No sé si lograré leer durante el viaje, pero de todos modos los coloco por costumbre en la valija. “Soy una egoísta, tal como él. Carne podrida fétida”.

—Dicen que tuvo un ictus —retomo las palabras de Salvo—. Un ictus —murmuro de modo reiterativo.

“Mañana, mamá. Mañana estaré contigo”, me digo para consolarme, pero el pensamiento viaja a la velocidad de un auto de carrera y cada conjetura, cada hipótesis, termina siempre enfrentándose con el peor final.

Tendré que llamar a papá, pero no lo logro. No sabría qué decirle.

Siento frío y calor al mismo tiempo. El pensamiento de perder a tu madre es un gusano que por gran parte de nuestra vida no hace daño. Está ahí escondido en algún rincón, luego se presenta como una mano rugosa y anillada de gemas afiladas. Te roza la carne, te pone los pelos de punta, te interrumpe con un peso casi insoportable, te aprieta el pecho y, al final, vuelve a esconderse en ese rincón, en ese lugar remoto. Y un día descubres que no hay más tiempo. Esta palabra me sacude.

Tiempo.

Cada esfuerzo que hago para abrazar el futuro me proyecta con fuerza hacia mi pasado. El tiempo es una espiral, un hechicero tramposo, un hijo de puta. Hablo con el espejo, pero no soy quien lo hace. Es el miedo. Lo siento, lo respiro atemorizada. No sé más si la voz es mía o si llega de algún lugar, de un mundo subterráneo que gira al revés. El miedo se desliza bajo las piedras mazzaras de la casa de mi infancia, sube al igual que un sopor marino. ¿Por dónde comienzo? ¿En qué punto de mi pasado? Porque, en realidad, no comienzo por cuando nací. Encrucijadas, descarrilamientos, ramificaciones. Sin darme cuenta, estoy perdida en mi propia historia.